

LIBROS

Homenaje a Juan Rejano

Yo pienso que si este homenaje a Juan Rejano tiene un sentido no es sólo por la tremenda injusticia que se ha cometido con él, en su país, al ignorarle como poeta durante los casi cuarenta años de su exilio en tierra mejicana, sino porque era un español, un andaluz cuya bondad y generosidad no tenían límites, y a quien, en los años amargos del destierro, pocos ganaron en limpieza de alma, en desprendimiento, en sentido de la amistad y la fraternidad. Todo ello lo llevaba retratado en la cara, como su acento cordobés, que no había perdido a pesar del largo exilio, nos revelaba su naturaleza andaluza. Conocí a Juan Rejano, siendo él periodista militante y yo aprendiz de poeta, en la Málaga de los primeros años treinta, a la sombra del poeta Emilio Prados, amigo fraternal suyo y guía entrañable de mis primeros pasos poéticos. Después ya no le volví a ver hasta cuarenta años después con motivo del homenaje que Méjico consagró al gran León Felipe. Y allí estaba la misma pureza de rostro, el mismo acento, la misma bondad. Nos abrazamos al vernos y nos pusimos a charlar como si no hubiesen pasado esos cuarenta años. Nada en él de resentimiento, de amargura. Y eso que la guerra civil, al desterrarle de su Patria, echó tierra sobre su persona, como sobre tantos otros, ignorándole por completo.

Rejano llegó a Méjico en julio de 1939, en el mismo barco, el "Sinala", en el que partían también para el destierro otros muchos españoles, entre ellos otros dos poetas y amigos suyos entrañables: Pedro Garfias y Adolfo Sánchez Vázquez, cordobés el primero, malagueño el segundo. En Méjico fundó Rejano una de las más bellas revistas del exilio español, "Romance", y con Emilio Prados y Francisco Giner de los Ríos, resucitó en tierra mejicana la revista malagueña "Litoral". Fundó también otras dos revistas menos conocidas: "Ars" y "Ultramar", y de 1947 a 1957 dirigió el suplemento literario



Juan Rejano.

del diario "El Nacional", del que hizo la patria poética de muchos jóvenes poetas mejicanos y de todas las Américas y las Españas. Y fue también en Méjico donde alcanzó su poesía, a lo largo de sus treinta y siete años de exilio, su más honda madurez. El huracán de la guerra española no podía menos de sacudir los troncos de su entraña, y no creo equivocarme al afirmar que fue la tragedia española la que le hizo verdadero poeta. No ha sido el suyo el caso único. En el exilio mejicano iba a madurar también, con más hondo acento, la poesía de Domenchina, la de Pedro Garfias, la de Emilio Prados... Pero los libros mejicanos de Juan Rejano no llegaban a España, y si llegaban, la censura los prohibía. Sólo a muy pocas manos amigas lograron llegar. Yo fui uno de esos afortunados, porque Juan, quizá por solidaridad malagueña, me enviaba sus libros, y ello me permitió incluir poemas suyos en dos antologías que publiqué en los años cincuenta: la de "Poetas andaluces contemporáneos", que apareció en 1958, y la "Antología de la nueva poesía española", publicada dos años antes, en 1956. Fueron esos los primeros poemas de Rejano que se publicaron en España después de la guerra civil, con otros aparecidos en la revista cordobesa "Cántico", en 1957.

Pero vayamos acercándonos a la poesía de Juan Rejano, que es el tema de esta breve lectura. Y lo primero que habría que decir es que una dolorosa veta nostálgica, de añoranza constante de España, y sobre todo de su tierra andaluza, recorre la poesía de Rejano, o al menos gran parte de ella, cruzándose a ratos con otra corriente que parece venirle del neopopularismo de algunos poetas del 27 —Alberti, Lorca, Prados—. Ambas se funden a veces en un mismo río que corre paralelo a otro no menos fiel y hondo: el de la poesía solidaria y compartida con los otros: sus compa-

ñeros, sus amigos, los poetas, los pintores, los artistas de España y de todas las tierras de América. Y también, como suele ocurrir en la poesía de nuestro Blas de Otero, la corriente neopopularista suele servir de cauce a la queja de la España herida por la guerra. Y así su voz viene a unirse a la de tantos otros poetas españoles cuyo destino —el exilio en Méjico— compartió: Pedro Garfias, Emilio Prados, Juan José Domenchina, Altolaguirre, Cernuda, León Felipe, Moreno Villa, Francisco Giner de los ríos. Todos ellos —salvo Altolaguirre que vino a morir a España, y Francisco Giner, el único superviviente— yacen hoy en una tumba mejicana. Y todos ellos dejaron oír una voz herida por la guerra y el destierro. Es la voz que oímos también en el primer libro que Rejano escribe al terminar la guerra, "Memoria en llamas", empezado en París y terminado en Méjico en 1939. Libro abrasado del dolor de la España perdida y lejana. Sonetos, elegías, canciones en que el tema de España es el principal protagonista; recuerdos muy vivos aún de la guerra reciente, como en esta canción titulada "El miliciano muerto", con aire de soleares:

"Murió con tanta alegría que al acercarse la muerte, la muerte palidecía.

¡Qué tiernas hojas de sangre le brotaban! ¡Qué valor! En el pecho le cantaban pájaros de miel y flor.

Murió con tanta alegría, que la muerte, por los campos, de su propia sombra huía".

El dolorido tema de la Patria perdida continúa en el libro siguiente de Rejano, titulado "Fidelidad del sueño, pero remansado en una lenta ola tierna y serena, desplegada en variedad de formas: la cuarteta de alejandrinos, la silva en verso blanco, los romances y sonetos. La tradición del dolorido sentir y de la poesía

de soledad, tan extraordinariamente rica en nuestra poesía del siglo de oro, encuentra en Rejano cauces formales muy diversos, como la copla asonada que utiliza en la serie que titula "Soledades", dedicada a José Bergamín.

Quando su cuerpo yace en tierra mejicana, como el de tantos otros poetas españoles que compartieron su exilio, ¿le llegará a Juan Rejano la hora de la justicia, el reconocimiento de la importancia de su obra poética? El deber de sus amigos y de los amigos de la poesía, como primera tarea urgente, es difundir su obra, publicarla en antologías que lleguen a las jóvenes generaciones que ignoran lo que ha sido su aventura poética lejos de España, en sus años mejicanos, pero con España en el corazón.

■ JOSE LUIS CANO.

Novela y periodismo

La editorial Saltés ha inaugurado su colección literaria con "El luchador", de López Pinillos ("Parmeno"). ¿Qué interés tiene la reedición de esta novela hoy?

En primer lugar, rescatar a un epigono del 98, o mejor, cooperar a su rescate, puesto que en los últimos años han sido puestas de nuevo en el mercado "Las Águilas. De la vida del torero" (Alianza, 1967), "Doña Mesalina" (Turner, 1975) y "La sangre de Cristo" con otros relatos (Laia, 1975). La lectura de López Pinillos, obligada para quienes deseen conocer la narrativa española de este siglo, puede resultar en general dura para el consumidor normal de novela. "Parmeno" pertenece con Blasco Ibañez, con Ciges Aparicio, a una generación de narradores con una intención crítica social que recogerá de modo más coherente y decidido la ola de narradores de los años treinta: Arconada, Díaz Fernández, Sender. En López Pinillos, la falta de contención retórica y discursiva, así como el empleo de un lenguaje en buena medida "coyuntural" y que hoy es arqueología, pone a prueba al lector de nuestros días.

En segundo lugar, la reedición de "El luchador" tiene interés porque se trata de un testimonio novelado sobre el periodismo de principios de siglo. Este es, precisamente, el aspecto que interesa a este comentario. La novela